

MISA EN CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE LA CAÍDA EN COMBATE DE JOSÉ MARTÍ

*Basílica de N. S. de la Caridad del Cobre,
10 de octubre de 1995*

Una jornada muy cubana viene a culminar aquí, en la casa grande de todos los cubanos. Después de visitar «Dos Ríos», donde cayó Martí, y peregrinar a su tumba en el Cementerio de Santa Ifigenia, los obispos cubanos, acompañados de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de todas las diócesis de Cuba, venimos a la Casa de la Madre que nos cobija siempre, como solo ella sabe hacerlo: con aquel modo de amar congregante, reconciliador y pacificador, que identifica a la madre y que María, Nuestra Señora de la Caridad, dispensa a todos sus hijos de Cuba desde su trono de El Cobre.

La Iglesia Católica profesa una profunda devoción a María, la Madre del Señor, y el pueblo cubano, de sentimientos católicos en su gran mayoría, venera y ama a Nuestra Señora con su título hermoso de Virgen de la Caridad. Hay siempre una referencia mariana en la Iglesia y esta no es accidental, sino complementaria de su apostolicidad.

La Iglesia es apostólica, porque Jesús quiso perpetuar su misión, escogiendo a hombres a quienes encargó, con el poder que le había sido dado, que anunciaran la buena noticia del Reino de Dios hasta los confines del mundo, que bautizaran a quienes creyeran, que perdonaran los pecados, que sanaran los cuerpos y corazones doloridos, que partieran el Pan de Vida y lo dieran a los hombres hambrientos de amor y de verdad. *«Quien a ustedes recibe, a mí me recibe». «Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo».*

Nuestra Iglesia, fundada sobre la roca que es Cristo, tiene como columnas de sostén a los Apóstoles de Jesús, aquellos primeros doce cuyos nombres el Nuevo Testamento menciona una y otra vez, a los cuales se suman los sucesores de ellos, los obispos, que después del primer grupo apostólico hasta nosotros, hemos recibido ininterrumpidamente, por la unción del Espíritu Santo, la misma misión que Cristo confió a sus primeros discípulos. Los sucesores de los Apóstoles en Cuba, los Obispos cubanos, nos hemos reunido con María, como estuvo el apóstol Juan con la Madre del Redentor al pie de la Cruz. Del costado abierto de Cristo en la Cruz nació la Iglesia y allí, como testigos y partícipes de este nacimiento, estaban la Madre y el Apóstol, María y Juan. Porque las dos vertientes de la Iglesia, la apostólica y la mariana, se encuentran en la cima del Calvario. Sin esas dos vertientes no se realiza plenamente la Iglesia ni en su estructura teológica ni en su espiritualidad.

La vertiente mariana de la Iglesia es la que hace a la comunidad de los discípulos parecerse a María en su respuesta a Dios, en la disponibilidad para el servicio, en su atención a las angustias y esperanzas de los hombres: «No tienen vino», en su continua referencia a Jesucristo: «Hagan lo que Él les diga», en su fidelidad hasta el sufrimiento y el martirio: «Junto a la Cruz de Jesús estaba su Madre».

La Iglesia se fija en María para alcanzar su perfección total, pero también para, como Ella, abrir su corazón maternal a todos los que andan en busca de la verdad, a los que no encuentran sentido a sus vidas, a los pobres y sencillos, a quienes padecen a causa de males físicos o espirituales. ¿Acaso nosotros todos no nos sabemos y sentimos hijos de la Madre-Iglesia?

La Iglesia anunciadora de la Buena Nueva, la que perpetúa la ofrenda de Jesucristo, la que está hecha de piedras vivas, la Iglesia de los Apóstoles, tiene que ser a la vez la Iglesia que cree en su Señor, que se fía en su Palabra, que ama, comprende y se entrega, la Iglesia de María. Si a la Iglesia le faltara esta condición no sería verdaderamente la Iglesia de Jesucristo, pues el Señor confió a los Apóstoles la estructuración y el crecimiento de la Iglesia y esto sobre todo por la celebración de la Eucaristía, que hace presente en la trama de la historia de la humanidad a Cristo ofrecido, muerto en Cruz y resucitado y que congrega a hombres y mujeres en comunión de fe, de esperanza, de amor y de misión. Pero el Salvador de los hombres, desde lo alto de la Cruz, encargó su Iglesia también a María, para que cuidara de Ella como Madre y pidió al discípulo que la acogiera como tal. En el modo propio de la lengua aramea, Jesús dice: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Este estilo idiomático permite exaltar el papel de la mujer en el plan redentor. A la mujer-madre le toca velar por sus hijos, protegerlos, acercarlos y reconciliarlos entre sí. El Apóstol debe acoger con amor de hijo a Aquella que su Señor le confió solemnemente como Madre cuando ofrecía su vida por nosotros: «desde aquel día, el discípulo la recibió en su casa». En el vértice del Calvario, Iglesia apostólica e Iglesia mariana convergen junto a la Cruz del Redentor que es el altar del sacrificio de la alianza nueva.

Aquí, en lo alto de las montañas de El Cobre, junto al altar en que Jesucristo será ofrecido en sacrificio por todo el pueblo de Cuba en esta fecha patria, los sucesores de los apóstoles, los obispos cubanos, encargados de apacentar al pueblo de Dios en nuestra nación, nos congregamos junto a María, acogida desde hace casi cuatro siglos en su casa por el pueblo cubano. La Iglesia que está en Cuba muestra así, por este signo, toda su dimensión apostólica y mariana y vive un momento de oración de especial intensidad.

La motivación que nos reúne hoy a los pies de la Virgen de la Caridad, como en tantas otras ocasiones, es de carácter patriótico. Los cubanos estamos conmemorando los cien años de la caída en combate de José Martí, el Apóstol de la libertad de Cuba, decisivo forjador de nuestra independencia. Apóstol por la entrega total de su vida a aquella causa, apóstol porque convoca a los hombres a la lucha hablando de amor y con amor, porque fustigó los males de la colonia, pero no odió ni predicó el odio contra los opresores.

Esta celebración hace confluir también en lo alto de la colina de El Cobre y a los pies de la Virgen de la Caridad, como tantas veces en nuestra historia, la fe católica y el amor a la patria. De hecho, en nuestra historia nacional no solo hallamos el influjo de una cultura cristiana y católica, sino que, en sus grandes hitos, se produce una incidencia marcada de la fe católica, que es totalmente singular, si se la compara con la historia de los pueblos de América Latina.

Si bien las ideas libertarias, al decir de Martí, «entraron en América debajo de las sotanas de los sacerdotes», en Cuba se hace más hondo y consistente el influjo cristiano en el pensamiento emancipador, el cual tuvo un fundamento ético y filosófico de matriz cristiana que no tiene paralelo en el continente latinoamericano. Esta peculiaridad no se define únicamente por la ausencia de enfrentamientos entre fe cristiana y proyección social o compromiso político, en la primera gestación de la independencia nacional. Más bien encontramos una presencia positiva y actuante, casi siempre originante, de la fe cristiana, de la ética de clara inspiración católica y de las enseñanzas y postulados del Evangelio animando el pensar y el actuar de los gestores de la voluntad autonómica, reformista e independentista en Cuba.

Los patricios del Seminario San Carlos, Félix Varela, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero, Carlos Manuel de Céspedes, Rafael María de Mendive, Cirilo Villaverde y otros beben en la fuente de una fe ilustrada su inspiración transformadora de la sociedad cubana. Hay, además, en aquellos prohombres una vida acorde con los altos principios que sustentan sus propuestas y proyectos. De ahí que no haya en las luchas cubanas por la independencia nada que se parezca a un anticlericalismo feroz, ni mucho menos al desprecio de lo sagrado o la ofensa a Dios, actitudes que hallamos, lamentablemente, en otros luchadores independentistas de la América Hispana.

Cuba es el único país de América que puede esperar que un día sea llevado al honor de los altares el hombre que sembró la semilla de la libertad del pueblo cubano en las mentes y corazones de los fundadores de la Patria. Ese hombre santo, cubano, criollo, sacerdote, no concibió la libertad de Cuba sin su independencia total: «Cuba debe ser tan isla en lo político como en lo geográfico». El primero que nos enseñó a pensar «en cubano», el Padre Varela, se agiganta en nuestra historia a medida que pasa el tiempo. A través de Rafael María de Mendive llega privilegiadamente a Martí el espíritu patriótico del Seminario «San Carlos» y el influjo bienhechor de Varela.

Al conmemorar los cien años de la muerte de José Martí, heredero indiscutido de aquel patriarcado cubano que se formó en las aulas de San Carlos, lo reconocemos y exaltamos como el relevo admirable de los primeros forjadores de la nación, y al recordar agradecidos su caída en Dos Ríos, sin llegar a ver nunca la independencia tan soñada, los cristianos cubanos, como parte de nuestro pueblo, tenemos el deber de preguntarnos aquí, a los pies de nuestra Madre de la Caridad, qué hemos hecho con el legado precioso de los fundadores de la nación cubana, el mismo que Martí supo recoger y poner en alto.

Independencia, libertad, justicia, amor entre todos los cubanos son las aspiraciones fundamentales que, como sueños, se articulaban en el pensamiento de los primeros constructores de la Patria. El mayor exponente de este anhelo patriótico fue José Martí.

Una independencia, primero escamoteada y siempre amenazada, ha sido, después del final de la guerra que se inició en 1895, el patrimonio precario de nuestra nación. Todo cristiano cubano debe ser un firme defensor de esa independencia. Ese es el punto de confluencia de todos los cubanos de diferentes modos de creer y de pensar. Estar de acuerdo en que Cuba debe ser siempre independiente es la premisa básica de un diálogo entre cubanos, porque de no ser así ya nadie podría hablar de Patria ni a favor de la Patria; sino solo en contra de ella.

El Papa Juan Pablo II acaba de postular en la Organización de Naciones Unidas una cultura de la libertad. La libertad es un anhelo de todos los pueblos y de cada hombre. En su dignidad de criatura de Dios que lleva en sí la semejanza del Creador, el hombre fue constituido libre. El pecado era el riesgo de la libertad y Dios corrió ese riesgo con el hombre. Pero aun si un mal uso de la libertad lleva al ser humano por caminos torcidos, Dios no suprime al hombre su condición de ser libre, porque el don preciado de la libertad se inscribe en la naturaleza humana para distinguirnos de los demás seres animados, cuyo actuar depende solo de instintos y reflejos.

No es, pues, la libertad una concesión de las leyes o constituciones de los estados. En sus preceptos constitucionales, en sus leyes fundamentales, los legisladores pueden y han de dejar constancia del respeto debido a la libertad del hombre, pero

nunca son los autores de las leyes o los rectores de los pueblos quienes confieren la libertad al ser humano, sino el mismo Dios. De ahí esa sacralidad de la libertad, tan apreciada por Martí como un bien invaluable.

En Cuba, no solo las dificultades económicas deben ser consideradas al mirar al futuro en vista de la felicidad del pueblo, es necesario también encarar con decisión el problema de la libertad, porque el hombre necesita de ella tanto o más que de los bienes materiales.

Independencia y libertad fueron juntas en el pensamiento de los fundadores, en el ideario luminoso de José Martí. No puede subordinarse la libertad a ninguna circunstancia, no puede aplazarse a tiempos de mayor bonanza. Justamente, el aprendizaje de la libertad favorece el crecimiento material y espiritual de los pueblos. Ni el viejo concepto «liberal» de libertad, que es el falso derecho a hacer lo que nos plazca, ni una libertad concebida únicamente como herencia colectiva satisfacen las ansias del corazón humano. Una Cuba libre de toda injerencia y de toda sujeción debe ser también una Cuba de hombres libres.

La justicia está en relación con la libertad. El límite de mi libertad, o mejor, el condicionamiento válido de la misma, es lo que yo debo al otro en toda justicia. Hoy tratamos a duras penas de volver a aceptar en Cuba que unos tengan más y otros menos, pero lo esencial es que el que tiene más y el que tiene menos son iguales en dignidad.

De esta visión cristiana del hombre que no vale por lo que tiene, sino por lo que es, nace el concepto también cristiano y muy actual de la solidaridad. Siendo así que todos somos iguales, yo debo compartir con el otro y cada uno debe participar en el bien de todos. Esta forma de justicia social no puede darse sin garantías de justicia en las relaciones del Estado con los ciudadanos. Un papel demasiado amplio del Estado ahoga las iniciativas individuales, familiares o de grupo. Cuando este papel se hace demasiado restrictivo coarta la libertad de las personas y se torna excesivo o arbitrario, aun en los mismos procesos legales o judiciales. Esto puede ser causa de sufrimientos, a menudo innecesarios, para muchos hermanos nuestros. Visitas y cartas innumerables recibimos los obispos de Cuba de quienes reclaman un tratamiento adecuado y equitativo a sus problemas, sean de orden social o jurídico.

No es extraño que crezcan en situaciones de extrema pobreza la corrupción, los robos y la violencia. Se manifiesta esta última por la agresividad en el trato, sea en el seno de la familia, sea en las relaciones interpersonales habituales o casuales. Hay también cubanos que han acumulado odios y sentimientos terribles de hostilidad o rencor y la Iglesia no cesa de llamar a superar, por medio del amor, esas barreras que separan a los hijos de un mismo pueblo.

Nuestro pueblo se ha visto dispersado por innumerables países y este éxodo no cesa de crecer, separando familias y amigos. Solo en la comunidad cubana del área de Miami se calcula que viven más de 700.000 cubanos. Esta parte del pueblo cubano que vive fuera de Cuba no deja de sentir, en su inmensa mayoría, el amor a la Patria y el deseo de bienestar para quienes vivimos aquí. Muchos tratan de ayudar a sus familiares, enviándoles dinero y medicamentos. Estos son ya signos de amor entre los miembros de un mismo pueblo; pero es necesario deponer aún actitudes severas allí y aquí. En mi reciente viaje a Miami y a Newark hablé el lenguaje eterno del Evangelio, el único verdadero cuando queremos promover la auténtica fraternidad y acercar corazones. Pero palabras como perdón y reconciliación, propias de nuestra fe

cristiana, eran rechazadas inmediatamente por algunos hermanos cubanos, incluso cristianos, que escribieron encendidos artículos en la prensa o enviaron a los periódicos cartas llenas de amargura.

Unos meses más tarde, aquí en Cuba, en la prensa oficial me sentí personalmente aludido con palabras muy parecidas a aquellas que leí en Estados Unidos. En un artículo periodístico que tocaba el tema de las relaciones de Cuba con la nación del Norte se llamaba tonto a aquel que hablara de amor y reconciliación.

Esta increíble coincidencia me reafirma en lo que sé que ustedes también sienten: la vigencia de nuestro mensaje «El amor todo lo espera» del año 1993. Es mucho amor lo que necesitamos los cubanos de aquí y de allá, los que gobiernan y los simples ciudadanos, sean católicos o cristianos en general y los que profesan otra o ninguna religión. Ningún lugar mejor que esta Basílica, para exaltar y proponer, si fuera necesario, una y mil veces ese amor. Ningún momento más apropiado que este, en que los obispos y los católicos de Cuba estamos representativamente reunidos en esta fecha Patria a los pies de la Virgen de la Caridad, nuestra Patrona, para pedirle a nuestra Madre del Cobre que el amor gane la batalla en el corazón de cada cubano, quienquiera que sea y dondequiera que se encuentre. Esto es trabajar por el bien de Cuba. De resultar así, de triunfar el amor, podremos sentarnos los cubanos todos a conversar, como hermanos, de la independencia de Cuba, de la libertad, de la justicia y de ese mismo amor, que debe perdonar ofensas y olvidar agravios, y la reconciliación dejará de ser una palabra temida para convertirse en el bálsamo que cure las heridas de la Patria. Este era el núcleo del mensaje «El amor todo lo espera», que hasta ahora parece haber quedado sin respuesta por parte de muchos.

Este es el espíritu que hace ya diez años animó el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, y con el mismo espíritu conmemoraremos su décimo aniversario el año próximo, mirando con esperanza al Tercer Milenio de la era cristiana que ya se avecina.

Madre de todos los cubanos: sana las heridas de tantos corazones, enséñanos a tratarnos con amor, ayúdanos a superar nuestras dificultades económicas y políticas, que Cuba no sea aislada y bloqueada, sino ayudada para superar esta crisis. Que nuestra independencia sea preservada y protegidas la justicia y la libertad de todos los cubanos.

Virgen bendita de la Caridad: la Iglesia de los apóstoles, la que peregrina en Cuba, quiere anunciar el Reinado de amor de tu hijo Jesús a nuestro pueblo. Concédenos sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas buenos y entregados. Suscita entre nosotros numerosas vocaciones jóvenes, muchachos y muchachas, que se consagren a ti. Que la Iglesia en Cuba pueda llevar a cabo su misión con la ayuda de sacerdotes y religiosas venidos de otros países. Que se superen de una vez y para siempre los impedimentos para que su entrada en Cuba se realice con normalidad y rapidez. Que la Iglesia alcance las facilidades indispensables para difundir el mensaje de amor, de paz y de reconciliación de tu Hijo divino, sin renunciar nunca a la verdad, y pueda tener, porque los necesita, los medios apropiados para la Evangelización: transporte, impresoras, posibilidades de reparar y construir sus templos y todo lo que favorezca su acción propia de anunciar a Jesucristo al pueblo cubano y llevarle su mensaje que genera la paz y el amor en los corazones.

Madre Santísima de la Caridad, cuida a tu Iglesia en Cuba, a la Iglesia de la confianza y de la esperanza, de la acogida y del perdón, del servicio y del diálogo, a la

Iglesia-Madre, bajo cuyo techo todos caben, que comprende a todos y sirve y ama a todos por igual. Para esto alcánzanos de tu Hijo una fe firme, reanima sin cesar nuestra esperanza y danos el arrojo y el aguante del amor, que todo lo espera. Amén.